

— De ningún modo: ¡qué disparate! es para mí una fortuna que estimo en mucho encontrar al elegante entre los elegantes, al rey de la moda: en diez minutos voy á estar al corriente de cuanto ocurre en París, como si nunca hubiera salido de aquí. ¿Y vuestro amigo el duque de Lucenay que también fué testigo de la boda de Harville?

— Siempre original: emprende un viaje para Oriente, y vuelve en el instante preciso para recibir por la mañana una estocada, que por fortuna ha sido leve.

— ¡Pobre duque! ¿Y su esposa? ¿tan bella y tan excelente?

— Bien sabéis, señora, que tengo el honor de contarme entre sus mejores amigos, y en este concepto mi voto sería sospechoso. Os ruego, que cuando volváis á Aubiers hagáis presente mis respetos á Mr. de Orbigny.

— Os aseguro que estimará muchísimo vuestro recuerdo, porque frecuentemente pregunta por vos, y le gusta tener noticia de vuestros triunfos: siempre dice que le recordáis el duque de Lauzún.

— Esa comparación es un elogio grandísimo; pero desgraciadamente para mí es más benévola que verdadera. Adiós, señora, y me despido porque no me atrevo á esperar que antes de marcharos me podáis conceder el honor de recibirme.

— Sería para mí un pesar grandísimo que os tomaseis la molestia de visitarme. Estoy aquí como de paso; mas si este verano ó en otoño pasáis por Aubiers, yendo á alguna de esas quintas en donde las más escogidas personas se disputan el honor de recibirlos, concedednos algunos días aunque no sea más que por la curiosidad que ofrecen los contrastes, y para que en la casa de unos pobres campesinos podáis reposar del atolondramiento de esa vida tan elegante y tan divertida, puesto que en donde vos estáis no puede haber sino fiestas y alegrías.

— ¡Señora!...

— No tengo necesidad de deciros cuánto gusto tendríamos en recibirlos, así Mr. de Orbigny como yo; adiós, caballero, porque temo que ese regañón bienhechor (señalando al notario) se impacienta con nuestra conversación.

— Al contrario, señora, muy al contrario, dijo Ferrán con un acento que redobló la ira de Saint-Remy.

— Confesad que Mr. Ferrán es un hombre terrible, repuso madama de Orbigny; pero id con tiento, pues si está encargado de vuestros negocios os reñirá á spera- mente: es un hombre inexorable; pero no, al contrario, para una persona como vos, tener por notario á Mr. Ferrán, es tener una certificación de buen sistema y de inalterable orden, porque ya se sabe que no deja hacer locuras á sus clientes: por eso no quiere ser notario de todos los que lo desean. ¿Sabéis, señor puritano, continuó dirigiéndose á Ferrán, que es una conversión estupenda la que habéis hecho? ¡Es una friolera! hacer prudente al elegante por excelencia, al rey de la moda!

— Precisamente es una conversión, señora: el señor vizconde sale de mi gabinete muy otro.

— ¡Si digo yo que hacéis milagros! Pero no lo extraño, porque sois un santo.

— Me aduláis, señora, dijo Ferrán con afectada modestia.

Saint Remy saludó profundamente á la condesa, y queriendo probar si ablandaría al notario, al tiempo de separarse de él le dijo con tono resuelto, mas no sin que se trasluciera su viva ansiedad: Definitivamente, mi querido Mr. Ferrán, ¿no queréis concederme lo que os he pedido?

— ¡Qué locura! De ningún modo, exclamó riéndose la condesa; sed inexorable, mi querido puritano.

— Ya lo oís, caballero, no puedo desairar á una señora como esta.

— Hablemos seriamente de las cosas serias, Mr. Ferrán, y bien sabéis que ésta lo es. ¿Os negáis rotundamente?

El notario fué bastante cruel para fingir que vacilaba, y el vizconde tuvo un momento de esperanza.

— ¿Es posible que vos, hombre de bronce, cedáis? exclamó la condesa. ¿Os doblegáis al encanto de ese joven irresistible?

— De veras, señora, que iba á ceder, pero vos me hacéis avergonzar de mi debilidad. Y luego dirigiéndose al vizconde con una expresión cuyo significado comprendió éste, le dijo: *seriamente* es imposible. No sufriré que por un capricho hagáis semejante calaverada, señor vizconde; yo me considero como tutor de mis clientes; no tengo otra familia, y me consideraría cómplice de las locuras que ellos hicieran.

— He aquí lo que se llama un puritano, dijo la condesa.

— Ved á Mr. Petit-Jean, continuó el notario; estoy seguro de que pensará absolutamente como yo, y que como yo os dirá *no*. Mr. de Saint-Remy salió desesperado; y después de un momento de reflexión dijo: *no hay remedio*. Luego hablando con el lacayo que tenía abierta la portezuela del coche le dijo: Al palacio de Lucenay.

Mientras que Saint-Remy se dirige á casa de la duquesa, oiga el lector la conversación del señor Ferrán con la madrastra de la marquesa de Harville, que no deja de ser interesante.

XVI

EL TESTAMENTO

Debemos suponer que el lector no habrá olvidado el retrato de la madrastra de Clemencia de Harville, hecho por esta misma, pero sin embargo repetimos que

la señora de Orbigny es una mujer baja, rubia, delgada, con cejas casi blancas, ojos redondos y azules muy claros; que tiene hablar meloso, hipócrita mirada y modales que previenen en contra suya.

Su fisonomía falsa y pérfida, descubre una socarronería cruel.

— ¡Qué guapo joven es ese Saint-Remy! dijo á Mr. Ferrán cuando el vizconde salió.

— Excelente..... pero hablemos de nuestros asuntos, señora. Me habéis escrito desde Normandía que deseabais consultarme acerca de intereses de mucha importancia.

— ¿Pues no fuisteis siempre mi consejero desde el momento en que el Dr. Polidori me dirigió á vos? Y á propósito, ¿sabéis de él?

— Desde su marcha de París no me ha escrito ni una carta, respondió el notario con el mismo aire de indiferencia con que la señora había hecho la pregunta. Debemos advertir al lector que estos dos personajes se engañaban el uno al otro con la mayor desvergüenza. El notario había visto muy recientemente á Polidori, y le propuso que fuese á Asnieres á casa de Marcial, pirata de agua dulce, de quien hablaremos más adelante, á fin de que con el supuesto nombre de doctor Vicente envenenase á Luisa Morel. La madrastra de madama de Harville iba á París para tener una secreta conferencia con aquel malvado, oculo desde largo tiempo, según lo hemos dicho, con el nombre de César Bradamanti.

— Peronos trata del buen doctor, dijo madama de Orbigny; estoy muy inquieta porque tengo á mi esposo enfermo y porque va de mal en peor; y si bien por ahora no me inspira su estado temores serios, me atormenta, ó mejor, le atormenta su enfermedad, y al decir esto se enjugó los ojos ligeramente humedecidos.

— ¿De qué se trata?

— Habla á todas horas del testamento.

— Es cosa triste sin duda, observó el notario, mas esta precaución en sí misma nada tiene de desagradable. ¿Y cuáles son los intentos de Mr. de Orbigny?

— ¿Qué sé yo? Bien conocéis que cuando habla de esto yo procuro distraerle.

— ¿Pero nada de positivo os ha dicho?

— Yo creo, contestó madama de Orbigny con aire del mayor desinterés, que quiere darme no sólo cuanto la ley permite, sino también..... mas por Dios os ruego que no hablemos de esto.

— ¿Pues de qué hemos de hablar?

— ¡Ay de mí! es cierto, pero sois inexorable; á pesar mío tengo que ocuparme del tristísimo negocio que me trae á vuestra casa. Pues bien, Mr. de Orbigny lleva su bondad hasta querer deshacerse de gran parte de sus bienes y dejarme una suma considerable.

— ¿Pero y su hija? ¿y su hija? exclamó severamente el notario. Habéis de

saber que ha más de un año que merezco la confianza de Mr. de Harville, de modo que hace muy poco tiempo le he proporcionado la compra de una grande hacienda. Ya conocéis mi severidad en materia de negocios, por lo mismo importa poco que el marqués de Harville sea cliente mío; lo que yo defiendo es la justicia: mas si vuestro marido quiere tomar acerca de su hija madama de Harville alguna determinación que no me parezca razonable, os lo digo sin rodeos, no debéis contar conmigo para nada. La verdad y la justicia; tal ha sido siempre mi conducta.

— ¡Pues y la mía! Así es que de continuo le repito á mi marido lo que vos decís: vuestra hija ha cometido muchas faltas con respecto á vos, pero eso no es una razón para desheredarla.

— Perfectamente; ¿y qué contesta á eso?

— Que le dejará una renta de 25,000 francos, que cuenta con más de un millón por parte de su madre, que su marido tiene una fortuna inmensa y que puede darme el resto á mí, que soy su amiga cariñosa, su único sostén, el consuelo de su vejez y su ángel custodio. Os repito estas lisonjeras palabras, prosiguió madama de Orbigny arrojando un suspiro, para haceros ver cuán bueno es para conmigo Mr. de Orbigny; mas á pesar de esto, siempre he rechazado sus ofertas, en vista de lo cual se ha decidido á rogarme que me viese con vos.

— ¡Pero si yo no conozco á ese caballero!

— Pero él conoce vuestra probidad.

— ¿Y cómo os ha dirigido á mí?

— Para abreviar; al ver mis negativas y mis escrúpulos me dijo: No os propongo que consultéis á mi notario, porque le juzgaríais harto inclinado á mi opinión; pero me atengo en un todo á lo que resuelva Mr. Jaime Ferrán, cuya rigida probidad se ha hecho proverbial. Si él cree que la aceptación de mis ofrecimientos compromete vuestra delicadeza, no hablaremos más de semejante cosa, y si no os resignaréis. Dije que consentía, y he aquí que sois nuestro árbitro. Si acaso lo aprueba, añadió mi marido, le enviaré poderes amplios para que en mi nombre realice mis bienes, guardará esa suma en depósito, y cuando yo haya muerto podréis vivir como corresponde y yo deseo.

Acaso nunca conoció Mr. Ferrán la utilidad de los anteojos como en este momento; porque á no ser por ellos á madama de Orbigny debieran haberle causado mucho efecto las ardientes miradas del notario, cuyos ojos parecían encenderse al oír la palabra *depósito*. Sin embargo de esto respondió en tono regañón: ¡Esto es capaz de apurar la paciencia del hombre más sufrido! esta es la décima ó duodécima vez que me nombran árbitro para cosas de esta clase; siempre con el pretexto de mi probidad: ¡siempre con esta palabra en la boca! ¡mi probidad, mi probidad! ¡ya estoy lucido con eso! ¡no me trae más que disgustos y quebraderos de cabeza!

— Vamos, buen Mr. Ferrán, no me tratéis con aspereza : escribidle á Mr. de Orbigny, que aguarda vuestra carta para remitiros amplios poderes á fin de que realicéis esa suma...

— ¿Cuánto á poca diferencia?

— Me parece que me habló de cuatrocientos ó quinientos mil francos.

— La suma es menos considerable de lo que yo pensaba, y además, ¿no se lo habéis sacrificado todo á Mr. de Orbigny? Su hija, por otra parte, es muy rica, vos no tenéis nada; soy de parecer que debéis aceptar.

— ¿De veras lo creéis así? preguntó madama de Orbigny embaucada como todo el mundo, con la proverbial probidad del notario, y que no había sido desengañada por Polidori.

— Podéis aceptar, repitió Ferrán.

— Aceptaré pues, dijo madama de Orbigny dando un suspiro.

En aquel momento llamó á la puerta el principal pasante.

— ¿Qué hay? preguntó el notario.

— La señora condesa Mac-Gregor.

— Que aguarde un instante.

— Os dejo, pues, mi estimado Mr. Ferrán, dijo madama de Orbigny; escribiréis á mi marido puesto que lo desea; os enviará amplios poderes y...

— Escribiré.

— Adiós, mi digno y excelente consejero.

— ¡Ah! los que vivís en el gran mundo no sabéis cuán desagradable es encargarse de tales depósitos, ni la responsabilidad que sobre nosotros pesa. Os aseguro que no hay cosa más detestable que esa hermosa reputación de probidad que no sirve más que para proporcionar muy malos ratos.

— Y la veneración de los hombres honrados.

— Por la gracia de Dios, dijo Ferrán en tono de beato, yo no espero la recompensa en este mundo.

XVII

LA CONDESA MAC-GREGOR

Sara entró en el cuarto del notario con su presencia de espíritu y su resolución habituales, y como Ferrán no la conocía é ignoraba el objeto de su visita, se puso en guardia aun más de lo que solía, halagado con la esperanza de engañar á otra persona. Miró con grandísima atención á la condesa, y á despecho de la impasibilidad de esta mujer cuya frente no se inmutaba jamás, notó en las cejas un ligero temblor, que en su concepto revelaba una turbación mal reprimida. Alzóse de su poltrona el notario; adelantó una silla, é indicando á Sara que se

sentase, le dijo: Me pedisteis hora para hoy, y como ayer estuve muy ocupado no he podido contestaros hasta esta mañana; espero, señora, que disimularéis el no haberos acudido con más prontitud.

— Deseaba veros, caballero, para un negocio de la mayor importancia, y vuestra reputación de probidad, y de cortesanía me hace esperar un feliz resultado del paso que voy á dar cerca de vos.

— El notario se inclinó ligeramente.

— Yo sé, caballero, que vuestra discreción es extremada.

— Es un deber mío tenerla, señora.

— Sois hombre rígido é incorruptible.

— Sí, señora.

— ¿Y si os dijeran que depende de vos volver la vida, y la razón que vale más que la vida, á una madre desgraciada, tendríais valor para negaros á ello?

— Señora, concretad los hechos y contestaré.

— Hace cerca de catorce años, como que fué á últimos de diciembre de 1824, que un hombre joven y vestido de luto vino á proponeros que tomaseis la suma de 150,000 francos que se trataba de colocar para establecer una renta vitalicia á una criatura de tres años cuyos padres no querían ser conocidos.

— ¿Y luego? dijo el notario huyendo con esto de contestar de un modo afirmativo.

— Os encargasteis de poner ese dinero á réditos y de asegurar á esa criatura una renta vitalicia de ocho mil francos anuales, la mitad de cuya renta debía irse capitalizando para cuando llegase á la mayor edad, y la otra mitad debíais entregarla á la persona que se encargaba de la criatura.

— ¿Y luego, señora?

— Al cabo de dos años, dijo Sara no pudiendo reprimir una ligera emoción, murió esa criatura el día 28 de noviembre de 1827.

— Antes de continuar esta conversación, señora mía, me atrevo á preguntaros que interés tenéis en ese negocio.

— La madre de esa niña es hermana mía, caballero, y en prueba de lo que digo tengo la partida de óbito de la niña, las cartas de la persona que se encargó de ella, y la obligación de vuestro cliente, en cuya casa colocasteis los 50,000 escudos.

— Dejadme esos papeles, señora.

Pasmada Sara al ver que no se la creía por su palabra, sacó de una cartera muchos documentos que el notario examinó detenidamente.

— ¡Y bien, señora! ¿qué es lo que queréis? La partida de óbito está en regla: los cincuenta mil escudos han pasado por muerte de la niña á ser propiedad de Mr. Petit-Jean mi cliente, y ésta es una de las eventualidades que ofrecen los vitalicios, y así se lo indiqué á la persona que me encargó la colocación del